135 La Hoja del Lunes 30 abril 1962

EICHMANN

por **Joaquín CALVO-SOTELO**

De la Real Academia Española

EN estos días se ventila la suerte definitiva de Eichmann. El doctor Servatius, al que yo—asistente a la 71 sesión de su proceso—vi esforzándose en salvar lo insalvable, agotados sus recursos de jurista y cumplidos sus deberes profesionales, vuelve a su tierra de origen. La esposa de Eichmann solicita, a título extraordinario, visitar al reo. Tenemos la sensación de que no pasarán muchas semanas sin que los teletipos nos cuenten cuál fué la minuta de la última cena del acusado. Eso parece, en efecto, lo probable; pero nada se opondría a que, por el contrario, el Gobierno de Israel se inclinase a la clemencia y que a Eichmann se le librara de la horca y se le condenase a cadena perpetua. La verdad es que un absoluto desentendimiento de su suerte y aun de los cargos que contra él se formularon ha distinguido el largo y minucioso y nauseabundo proceso del jefe nazi. Bascas me dieron cuando oí a uno de los testigos, seguramente con verdad, pero también con morboso melodramatismo, contar no sé qué atrocidades. De ese sentimiento de repugnancia ha participado, sin duda, la inmensa mayoría de quienes, de una u otra manera, han seguido el proceso, y buena prueba de ello es el enflaquecimiento ininterrumpido del espacio que le ha concedido la prensa. Los lectores se hastiaron pronto de contemplar la característica fotografía de Eichmann en su jaula, con su inmensa calvicie, con sus auriculares a la manera del tocado de la Dama de Elche, escribiendo nerviosas acotaciones a cada una de las frases de sus acusadores y transmitiéndolas a su defensor, que las leía con cierta displicencia y desengaño, como si supiera anticipadamente que ninguna de ellas le serviría de gran cosa. La parte anecdótica, pues, del proceso, está ya más que superada, y lo que suceda, ejecútese o no al protagonista, es accesorio para todos, salvo para él. Lo que importará de este hombre, tanto si muere como si sigue viviendo, en su condición, en un momento dado, de brazo ejecutor de una doctrina que legalizó el genocidio como instrumento de gobierno. Y a comentarlo enderezo estas líneas.

Yo encuentro la explicación —no la justificación, porque carece de ella—, la explicación, sí, de la conducta de Eichmann en unas palabras de "El Juicio Universal" que Papini pone en labios de Himmler, al que invita a defenderse de sus delitos, que son, naturalmente, los mismos de Eichmann, pero a una escala más elevada y, por tanto, de responsabilidad mayor. Declara Himmler—en la versión de Papini—como descargo suyo: "Podía sentir se gusto, podía sentirse disgusto pero no remordimiento. Las víctimas, casi todas de otra raza y de otra sangre, no eran a mis ojos verdaderas criaturas humanas, y *mucho menos, hermanos.*"

Estas mismas palabras podía haberlas pronunciado Eichmann. En ellas estaba la clave de su actitud.

¿Qué quiere decir esto? En determinadas situaciones, bajo el efecto de doctrinas monstruosas, el hombre se animaliza, se convierte en un verdugo implacable al que ningún horror perturba. Anestesiado por drogas que ciegan su capacidad de discernimiento, el hombre—no ya el primitivo de las cavernas, sino el supercivilizado de hoy—juzga lícita la exterminación de sus contrarios sin otra razón que la de que piensen de forma opuesta a la suya. Bastaba una gota de sangre judía, un estigma fisonómico de los que tan pródiga es la raza israelita, para merecer los campos de concentración y la muerte. Rusia, cuya moderna historia ensombrecen matanzas terribles, incurría en el mismo pecado colectivo de Alemania, y los siete mil sacerdotes asesinados durante nuestra guerra caían como consecuencia de la formación de estados de ánimo similares. Vivimos, pues, tiempos que han legitimado el genocidio, que le han dado carta de naturaleza; y como los medios que la ciencia moderna pone a la disposición del hombre para llevarlo a cabo son cien veces superiores en eficacia y en rapidez a los de antaño, de ahí que, apenas solventados pequeños y secundarios problemas de sistematización y de orden, se consigan esos récords escalofriantes de Varsovia, o de Katyn, o de nuestra zona roja. Cuando de niños leíamos que los habitantes de la ciudad tomada eran pasados a cuchillo, nuestra sensibilidad infantil se estremecía. Aquello representaba el "non plus ultra" de la barbarie. Pero el horror de tantos desmanes aún admitía como atenuante la vindicación de la guerra, la embriaguez de la victoria, la indisciplina de la soldadesca y el derecho a botín—oro, mujeres, vidas—, supletorio de tantas cajas regimentales exhaustas. En nuestros tiempos, no. Todo se organiza con frialdad, con método, y las órdenes de asesinar a miles de inocentes se imparten a través de las radios o de los teléfonos en los despachos con calefacción central y rubias mecanógrafas.

Lo que probablemente fué Eichmann, como ya en otra ocasión dije de él, es el burócrata más monstruoso que ha conocido la historia, el funcionario que sin haber dado, tal vez, una mala patada a nadie, ha provocado mayor número de muertes con la máquina de escribir. Por eso, eliminándolo no se consigue nada decisivo ni acaso se hace justicia siquiera de modo estricto. El verdadero culpable de tantas crueles matanzas no fué él; lo fué un sistema: unas doctrinas a las que alguien se aplicaba a buscar hasta un fundamento filosófico. Y por encima de todo ello lo fué esa *increíble perversión del hombre* que es capaz, cuando un invisible resorte se mueve en su espíritu, de juzgar a sus semejantes, de acuerdo con Papini, como si no fuesen verdaderas criaturas humanas, y menos aún, hermanos.

Necesario es, si no queremos malograr con la regresión a la vida de la selva los avances materiales de nuestro tiempo, que nos esforcemos en evitar que ese clima amoral se fragüe de nuevo. Pero mucho me temo que no se encuentre el camino o que sean pocos y débiles los que lo sigan. Y que otros Eichmann—mañana, pasado—vuelvan en lo futuro a provocar simultáneamente la abominación y el asombro, tan encendido como estéril, de las almas honradas.